

DE SUMER A BAGDAD. EL DERECHO DE VIVIR EN PAZ

Judith Bokser*

*Venid, subamos al monte de YHVH,
a la casa de Jacob para que él nos enseñe sus caminos
y nosotros sigamos sus senderos.
Pues de Sión saldrá la Ley
y de Jerusalén la palabra de YHVH.
Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos.
Forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas.
No levantará espada nación contra nación,
ni se ejercitarán más en la guerra*

Isaías 2: 3,4

Desde la creación del primer imperio de la historia, el acadio, la guerra, como vehículo de imposición de pareceres, modos de vida y cosmologías, ha sido la característica acaso más definitiva de esa aventura y proyecto humano que solemos llamar historia. Si algún fenómeno es pertinente y continuo en ella es precisamente éste. La historia "se repite" a través de sus guerras. Ciertamente, no como factum, pues cada hecho de la misma es único y singular, mas reincide como phaenomenon. Las más de cinco mil contiendas que han caracterizado a la humanidad desde la invención de la civilización así lo atestiguan.

Quizás como ningún otro proceso histórico, la guerra conlleva un burlón juego de luces y sombras: de la destrucción a mansalva asiria a las justificaciones divinas de la conquista de México; de las playas de Trípoli a los palacios de Moctezuma; del desastre de Crimea a la heroica Estalíngrado o de los seis días israelíes a los diez mil vietnamitas, la guerra posee una faz de un negro cinismo, acompañada por otra de una epopeya inmarcesible.

La justicia de la guerra acompañó a san Jerónimo a través de lo que llamó "la guerra justa"; la yihad islámica se plantea como una guerra de defensa que está regulada por una conducta recta. La Convención de Ginebra trató de humanizar su rostro y la ONU ha buscado mediar, negociar, politizar antes que atacar. No hay duda, hay guerras correctas, que deben ser libradas, que deben ser ganadas. No hay duda, hay guerras malignas, que deben ser derrotadas.

El siglo xx fue el siglo de las guerras, tanto en un sentido como en otro. Fue el siglo de Marte, la era de Tánatos. ¿Los protagonistas? Los resumiría en un perfil, una concepción de la realidad en la que existen grandes problemas que exigen grandes soluciones; en un proyecto político, en un concepto: la ideología. Los "ismos" de mil

*Todos los hombres son creados iguales:
Su Creador los ha dotado de ciertos
derechos inalienables; entre ellos están la
vida, la libertad y la búsqueda de la libertad*

Declaración de Independencia
de los EU

colores: del nacionalismo racial a los movimientos de liberación nacional; del capitalismo a ultranza expoliador a la democracia libertaria y los derechos humanos; de la fraternidad internacional al gulag comunista; de la "carga del hombre blanco" a la descolonización; de la guerra caliente a la fría y a la ardiente.

Las contiendas ideológicas fueron, quizás, más cínicas al combinarse dos elementos de suyo explosivos: los procesos de descolonización y los conflictos adyacentes a la Guerra Fría. La arena donde ambos elementos coincidieron de manera brutal, inició su muy temprana lucha en 1945 y continuó hasta 1975. Arena que conoció la brutalidad de franceses, japoneses y estadounidenses por igual. Arena cuyo icono no fue un militar profesional ni un político pertinaz, sino un poeta: Ho Chi-Minh, el entrañable Tío Ho que ante el embate del águila imperial atinó a comentar:

Nuestros ríos, nuestras montañas, nuestros hombres, siempre quedarán. Derrotados los yanquis, construiremos una patria diez veces más hermosa. No importa cuántas dificultades y penalidades nos depare el futuro, nuestro pueblo está seguro que obtendrá la victoria total. Los imperialistas norteamericanos tendrán que retirarse, nuestra patria será reunificada. Nuestros compatriotas del norte y del sur se unirán bajo un mismo techo. Nuestro país tendrá el señalado honor de ser una pequeña nación que, a través de una lucha heroica, ha derrotado a dos grandes imperialismos —el francés y el norteamericano— e hizo una digna contribución al movimiento de liberación nacional

La guerra de Vietnam, conocida también como la guerra de los diez mil días (1945-1975), fue la más larga del

* Doctora en Ciencia Política y profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM

siglo xx. En ella, la ideología, en plural, definida en clave libertaria una, autoafirmante la otra, aunada a la violencia inherente a los procesos de descolonización, hicieron de la tierra de los arrozales el escenario donde la razón y la sinrazón jugaron a los naipes en una apuesta donde todos perdieron.

Junto con la revolución del *Che* en Cuba, quizás ningún otro símbolo se convertiría en icono de la lucha por la libertad como lo fue Vietnam y, al mismo tiempo, en oprobio vergonzoso para sus contrapartes: de la Francia de De Gaulle a los Estados Unidos de Johnson. El papel de este último se convirtió en una difícil y contradictoria lección de cómo inventar una guerra. El famoso incidente del golfo de Tonkín ("un ataque brutal contra los pacíficos navíos de Estados Unidos"), que justificó el inicio de las hostilidades abiertas, se desplegó en la convicción político-ideológica de la administración estadounidense. Quizás por ello, la guerra de Vietnam fue, más que nada, la guerra vivida, percibida, aprehendida como el instrumento de un proyecto que la precedía y la incorporaba.

Vietnam fue también reflejo de las nuevas modalidades que podía asumir la violencia que no pocas veces suele campar en un conflicto armado. El biocidio del *napalm* que rayó en lo dantesco desafió los límites de lo que prevalecía y abrió nuevas vetas a la impunidad. Como no pocos conflictos que atravesaron el siglo xx, los horrores de Vietnam hicieron que el conflicto en Indochina se convirtiera en un conflicto de la humanidad. En este sentido pueden entenderse las palabras de Jean-Paul Sartre: "El grupo al que se quiere aterrorizar, a través de la nación vietnamita, es todo el grupo humano". Así lo atestiguan en este apartado tanto el texto de Bertrand Russell, con toda la fuerza de su pluma, como el testimonio de Joris Vans, sensible, profundo.

Otro escenario de los procesos de descolonización fue el argelino. De 1922 a 1962, Argelia conoció su propio drama redentor. Pero a diferencia del indochino, el magrebí se caracterizó por una impresionante confusión donde todo se valía. El camino hacia la independencia estuvo anegado en sangre, brutalidad, torpezas políticas, intentos de golpe de Estado, terrorismo, batallas épicas, sublevaciones, rebeliones y derrotas ignominiosas. De la tercera a la quinta República Francesa, de Messali el Hadj, fundador del Movimiento Nacional Argelino, al nacionalismo del FLN, de las bombas del terror de la Organización del Ejército Secreto (OAS), a las torturas sistemáticas de la reacción fran-

cesa al triunfo final de Ahmed Ben Bella, Argelia se debatió entre su "francesidad" y su "arabeidad" en un abigarrado conflicto de identidades.

El consejo de Albert Camus, como la voz del profeta, fue una voz clamando en el desierto:

Si queremos que únicamente Francia reine en Argelia sobre ocho millones de mudos, Francia morirá en tal empeño. Si queremos que Argelia se separe de Francia, los dos países perecerán de algún modo. Si, en cambio en Argelia el pueblo francés y el pueblo árabe unen sus diferencias, el futuro tendrá un sentido para los franceses y el mundo entero.

No hubo esa unión de las diferencias y la revolución argelina manchó reputaciones, honores y blasones de la República que una vez se ufanó de ser la cuna de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El texto de M.X. que acompaña esta sección proyecta de una manera a la vez inocente e increpante, por la crudeza de la propia realidad, la dramática conjunción entre biografía personal y circunstancia histórica que se deriva de la experiencia de lucha y violencia.

Por su parte, el llamado de Paulo VI a la paz que acompaña los textos seleccionados nos remite, en clave de perspectiva histórica, a la importancia de alzar la voz y señalar el arduo camino de la paz, llamado cuya importancia contrasta con el silencio incomprensible de la Iglesia católica durante la sinrazón del genocidio en el holocausto nazi.

La historia se empeña en enseñar, el género humano en no aprender. El derecho a vivir, a vivir en paz, continúa siendo una quimera más acorde con el sueño del profeta bíblico. ¿Cuál es entonces, en esta perspectiva histórica, el legado de nuestro complejo y dramático siglo xx? ¿Hasta dónde recuperó y magnificó las experiencias milenarias de una historia de violencias que le antecedieron o bien tuvo la capacidad de proyectar sus promesas y proyectos liberadores? ¿Cuál de las dos vetas imprimió su sello con mayor pretensión de trascendencia: la sinrazón y el exterminio de sus guerras o las esperanzas de sus aciertos? ¿Con qué recursos conceptuales transitamos al siglo xxi a fin de garantizar un proyecto de vida más justo que impida la condena de repetir la historia? Es en la actividad de reflexionar y analizar, de acceder a un pensamiento vital como el que acompaña a los textos que conforman este apartado, donde podemos develar la inconciencia como proceso de la aventura humana y buscar orientarla como conciencia de un proyecto de futuro.